

Madrid 1 Febrero 1913

Número de Carnaval.

Año II.—Núm. 7

EL GRAN BUFON



Semanario ilustrado de humorismo.
14, Núñez de Balboa.—Teléfono 3.760.—Apartado de Correos 618.



Fantasia de Carnaval.

Dibujo de Marín.



Tanto monta. Monta tanto.

(Los Reyes Católicos en el Domingo de Carnaval en 1490.)

20 céntimos.

Carnavalesca. Zarpazos.

—Es... es... ¡una mujer que tiene un amante!

—¡Hija, como no des otras señas!...—rió procax Julita Acevedo.

Clotilde Fuensanta recapituló. Otras señas... otras señas... ¡Ahí era nada dar detalles sin dejar adivinar claramente quién era la prójima! Y el caso es que estaba deseando que Julita cayese en ello y le pidiera datos para desembuchar todas las historias que le contara Joaquín (su amante) durante la conferencia habida aquella tarde en el recato del pisito cómplice.

Pero la Acevedo no parecía poner gran empeño en averiguar las infidelidades conyugales de su descarriado esposo y arrellenándose en una *bergère* y sacando una minúscula petaca de oro con cifras en brillantes y rubies, extrajo de ella un cigarrillo de cuarenta y cinco (los turcos eran flojos para ella), y púsose a liarlo con gran pachorra.

Exasperada por aquella calma, Clotilde, que si bien no esperaba ninguna explosión sentimental del otro *jueves*, contaba, eso sí, con un *succes* de curiosidad, intentó clavar un *dardo envenenado* en el corazón de su amiga.

—Es guapa—aseguró con admirativo convencimiento.

Aquello ya pareció interesarle más.

—¿Muy guapa?

—¡Guapísima!

—¿Pintada?

—¡Un coche!... aunque sea mala comparación... para él.

Hubo otra pausa, durante la que Julita miró distraída las espirales de humo que formaba su cigarro.

Habíanse refugiado en la *serre* huyendo del bullicio de la fiesta carnavalesca conque la condesa de Fuente del Valle obsequiaba á

sus amigas. Clotilde, despojada de los guantes, abanicábase con furor, agobiada por el negro atavío de terciopelo recargado de joyeles, de María Stuard, que rimaba á maravilla con su belleza digna y serena, perpetuo contraste de su alma frívola de mundana casquivana. Julita á su vez había abandonado sobre un mueble su varita de locura, y de vez en cuando, con ademán libertador, agitaba los cascabeles de su traje. Al través de los macizos de palmeras divisábase á lo lejos el salón de baile en que los príncipes orientales daban el *boston* con las marquesas de Versalles, los Dux venecianos arrastraban á Salomé y á la Reina de Saba en las locas vueltas de los valse de moda, y las patricias italianas sutiles y envenenadoras reían en los brazos de los Dragones del Imperio. La orquesta de zinganos dejaba oír las notas de «*Ivresse d'amour*», y las dos amigas, libres un momento del calor, de los estrujones y del mosconeo de los galanes, echaban un *pitillo*.

—¿Y dices—interrogó la Acevedo—que es guapa?

La carita seria, la boca fruncida en una mueca de atención y los ojos tristes, vagamente anhelantes, desentonaban del indumento de locura, que por otra parte iba muy bien con su figura menuda, grácil, inquieta, su ademán turbulento y sus revueltos bucles negros.

Clotilde Fuensanta, sin mala intención, frívolamente, por el gusto de contar chismes y amarrar lios, remachó el clavo.

—Muy guapa. ¡Y lo que es él debe de enconrarla óptima, porque está enamoradoísimo!

La otra seguía su idea tratando de adivinar.

—¿Joven?

—Entre los veinticinco y los sesenta!

—Pues, hija, no caigo!

La Fuensanta se decidió.

—Flor Miranda.

De un salto Julita se puso en pie, haciendo repicar sus cascabeles. Los picos de colorines del disfraz agitáronse en violentos vaivenes, y los ojos echaron chispas. Acercóse á su amiga.

—¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que la tal Flor es una bribona! No tiene ni vergüenza, ni decoro, ni pudor...

Ella no sabía á ciencia cierta lo que era pudor. Tenía una idea vaga, confusa... Imaginábaselo siempre, como lo viera representado en un antiguo crómo de casa de su padre; en el ademán de taparse con una esponja en el momento de entrar alguien estando en el baño. Pero como necesitaba dicterios violentos con que apostrofar á la rival ausente y aquello del pudor *sonaba bien*, echó mano de ello.

La Fuensanta quedóse sorprendida de la violenta explosión de ira. Una mujer elegante y mucho menos una mujer moderna no quería nunca á su marido. Ante su cerebro de ave de lujo querer al marido era algo insólito, ab-

surdo, fuera de todas las leyes naturales, algo así como si le asegurasen que ella era fea ó que la honradez *se llevaba mucho*. Pero en fin, como veía á su amiga exaltada y no era cosa de armar un escándalo en pleno baile, acudió á remediar la pifia.

—Mujer, tampoco te diré yo...

Pero Julita se había rehecho y volvía á ser la de siempre, la misma criatura insubstancial, incapaz de ninguna idea seria. Acercóse á su interlocutora.

—Mira, no vayas á creerte que me importa nada... ¡Figúrate qué ridiculez! ¿Que Pepe tiene queridas? ¡Con su pan se lo coma! ¡Si son guapas, mejor para él! Ya te puedes figurar que una mujer *chic* no va á tener celos... Ecco para las burguesas cursis...

Mientras hablaba iba sin quererlo analizando sus sentimientos. ¿Quería ella á su marido? ¿Le importaban sus amoríos ó sentía realmente el desdén que aparentaba?

Se casaron... por hacer una locura más. De solteros, la fama (cultivada por ellos mismos con *amor*), acusábase de locos, de cínicos y de desvergonzados. Habíanse hecho famosos con sus extravagancias y sus procacidades, llegando á formar entre esas gentes que poseen el raro privilegio de *tener cosas*, especie de patente de corso para hacer lo que le da á uno la realísima gana. ¡Julita Játiva y Pepe Acevedo! La *solá* enunciación de sus nombres vaticinaba alguna atrocidad. Y por fin se casaron; él por meter ruido, por llamar la atención, por hacer un disparate; ella por las mismas razones á lo menos aparentemente. Pero allá en el fondo, muy en el fondo de su corazón, había otra razón que ocultaba cuidadosamente, como si de algo *vergonzoso* se tratase; ¡le quería! Y como es una verdad muy grande, que sólo en la hora del arrepentimiento se pagan las maldades pretéritas, Julia comenzó á sufrir. Aquel niño grande á quien adoraba, desconocía y ni aun sospechaba su amor. Los anhelos de sacrificio le exasperaban; los sentimentalismos le hacían reír y los arrebatos de pasión los tomaba á broma. Julita con aquella exquisita sensibilidad que escondía como una vergüenza comprendió que no sería nunca y ocultó bajo la máscara de frivolidad su amor y su pena.

—¡Mira, por ahí vienen ahora!

Tras los macizos de verdura vieron cruzar un apuesto Don Juan que daba el brazo á la Lamballe. El galán, inclinado el rostro de enhiestos mostachos sobre el cuello blanco, aprisionado de perlas, murmuraba una endecha y ella reía, reía...

Oyóse la voz de él:

—¿Me querrás?

—¡Siempre!

Como la Acevedo callaba, Clotilde volvióse á ella...

—¿Has visto?...

Calló asombrada. Dos lagrimones rodaban por las mejillas de la gentil locura.

—¿Lloras?

Julita soltó el chorro de su risa, una risa intermitente que se desgarraba á cada instante.

—¡Mujer! ¡Que risa! ¡Ja, ja! ¿Llorar? Si es el humo, el humo que se me ha subido á los ojos...

Y dió un chupetón al cigarrillo, que se había apagado entre sus dedos.

Antonio de Hoyos y Vinet.

Dibujo de Marín.



“Bon soir, madame la luna“

Dibujo de Moya del Pino.



Pierrot. — Otra copita, Luisa.
Colombina. — Cómo te gusta hacer repetir en la bebida. ¡Si fueras así para todo!



El menor de edad. —¿Conque ni una peseta para ir al baile?
El padre eterno. —¡No te da vergüenza pedir eso! A tu edad paga la pareja.

Dibujo de Manchon.

Las máscaras de siempre.

El bebé.



UANDO NO teníamos carrozas, y cuando no se tiraba *confetti*, el bebé era casi un uniforme del tití.

Ahora el tití se viste de viste de cazador—capote de monte, botas altas, careta de alambre y gorra ó sombrero cordobés—ó de alpinista, ó se pone una bata de su tío el general ó de su tía la subsecretaria. También—y esto es lo más frecuente—se une con otros cuantos bipedos de su especie para meterse en una carroza con varias medio vírgenes de su mundo.

El bebé ha descendido. O ascendido, según. Bebés rosas, azules, amarillos, blancos, rojos; de seda, de percal, de terciopelo, impermeabilizados—por si acaso—; nuevos, flamantes ó viejos, deslucidos, y con la mácula de trece ó quince carnavales sobre la tela.

Para vestir el bebé hacían falta antes unos zapatos de charol, unas medias de seda, unas enaguas impecables y escaroladas y unos guantes, por lo menos limpios. Ahora no son condiciones precisas. Bebés he visto con botas de elástico, con zapatillas de orillo, medias remendadas y hasta con calzoncillos de punto, asomando debajo de las faldas. En cuanto á los guantes, raro es el bebé que se los pone:

unos, porque no los alquilan como el traje, y otros porque tienen las manos bonitas por razón de menesteres propios ó impropios de su sexo.

Porque hay bebés masculinos y femeninos, aunque casi siempre los primeros están dispuestos á ser voluntariamente de los segundos.

Los aficionados al noble y chillón ejercicio de hacer el bebé, sin peligro de que se lo hagan, salen de las cocinas y de las manebías, criadas soccos y nada limpias, ramerar de baja estofa y amigos ó competidores de las ramerar. Ellas se sueltan el pelo—miserio pelo de prostituta, ó de menegilda, quemado por las tenacillas y chorreando bandolina—, ellos se ponen una peluca de estopa, y ¡á la calle!

En la calle se encuentran con otros de su especie, que también visten de bebés ó de landrístas, ó de payasos y forman esas repugnantes agrupaciones que cantan á voz en grito la canción más en boga. Este año cantarán el vals relativamente apache:

Así cada una
lejos la luz de la 'una...

La destrozona.

La destrozona es casi siempre una de dos cosas: ó un socialista ó un borracho. A veces las dos cosas. Y siempre un bárbaro.

Se viste de harapos mugrientos, se revuelca

en el lodo, y arrastra una escoba que conoce los secretos de las letrinas, hace escala en todas las tabernas, y cuando ya está en Recoletos y ve cómo la gente se aparta de su lado, sonríe orgulloso debajo de su careta de trapo agujereado ó debajo de la negra capa de corcho quemado que le cubre el rostro.

Ya que no inspira amor, inspira asco; ya que los demás días del año es un ser insignificante quiere ese día que la gente le abra paso y le mire. Goza con manchar á las jovencitas burguesas y los pollastres temibles con sus bolsitas de *confetti* y sus perfumadores y sus chistes aprendidos de Arniches.

También suele ir acompañado de una mujer vestida con los harapos que él lleva los días de trabajo. Esta mujer también siente un inconsciente deseo de insultar, de manchar á los que la rodean y la pellizcan las nalgas.

Por un momento, al verse temidos por la multitud, hay en su alma un breve resplandor de orgullo. Es el desquite, tal vez la aurora que en mítines y en periódicos les prometen y les cobran Pablo Iglesias ó Lerroux, sus ídolos.

Porque estos seres son tan cándidos, están de tal modo embrutecidos por el alcohol, el hambre, el trabajo y las mentiras societarias, que son capaces de todas las cosas bajas y ruines: de vestirse con harapos llenos de lodo, de ponerse una piel de oso y de creer en Pablo Iglesias ó en Lerroux.

El hortera.

El hortera ama los heroísmos y la galantería. Antes el hortera se vestía de estudiante y postulaba por las calles, alzando hasta los balcones su cabeza rizada y sus manos roídas de sabañones. Pero hoy día el hortera desprecia las estudiantinas. Se viste de paje ó de guerrero, ó de caballero de Luis XV, ó de cupletista.

¡Ah! Y con mantón de Manila.

El mantón de Manila en los hombres del Carnaval merece comentario aparte. El hombre que se pone mantón de Manila se escota, se empolva el cuello y el nacimiento del pecho, se prende flores en la bien rizada peluca é incluso hace conquistas.

Estos hombres son los que en una tienda de sedas plegan maravillosamente las telas y dicen poniendo los ojos en blanco:

—¡Ay, señora! Esto desvanece...

Y envidia la suerte de la dama que podrá desvanecer á un galán con aquella tela fina, frufuante...

El niño.

¡Majas, que paséis desde que el orto del domingo de Carnaval hasta el ocaso del miércoles de ceniza, con la mantilla prendida y la manita en la cadera! ¡Mamoncillos vestidos de generales, con bastón y todo, ó de albañiles, con la artesa y los útiles del oficio á la espalda!

¡Y vosotras, locuras, contrabandistas, repúblicas, payasos, marquesitas Pompadour, napolitanas, salvajes, guardias, obispos, odalisas y guerreros en miniatura!

Sois las verdaderas, las únicas víctimas del Carnaval. Las otras, las que se prostituyen, á los que roban, incluso los que van en busca de unos senos de mujer y se encuentran la mano homicida de un asesino, nos deben tener sin cuidado.

Hace falta ser muy imbécil para vestir de máscara á un niño y pasearlo, primero por las casas de los parientes, y después por la calle de Alcalá, Recoletos y la Castellana.

Justo es que ramerar, niños góticos, invertidos, borrachos y mediovírgenes aristocráticas se disfracen y cometan mil locuras, dejando salir en tres días lo que ocultan hipócritamente el resto del año.



El mascarón. ¡Glul... ¡Glul... ¡Glul...

La embromada. —Es Fulano; me ha dicho la grosería de todas las noches.

Aunque muchos de ellos sean inconscientes tienen al menos la edad de ser conscientes.

Pero que se maten una destrozona y el tío del oso; que á un «verdadero» riojano le salten un ojo con una botella de específico arrojado desde una carroza anunciadora; que una medio virgen aristocrática dé á luz en Noviembre, después de casarla á toda prisa en Septiembre; que un invertido coja una pulmonía por escotarse y llevar los brazos al aire, no tiene la menor importancia.

Lo triste, lo vergonzoso, lo que debía ser

penable por los Códigos, es que se muera un niño porque sus padres tengan la estúpida vanidad de vestirlo de novio, con bigotes y todo, ó de maja, con la mantilla prendida y la manita en la cadera desde el orto de Quincuagésima hasta el ocaso del miércoles de ceniza.

La máscara de carroza.

Es la más baratita y divertida.

En Diciembre empiezan á buscarse adhesiones.

—¿Qué, te apuntamo,?—le dicen á uno de los de su especie.

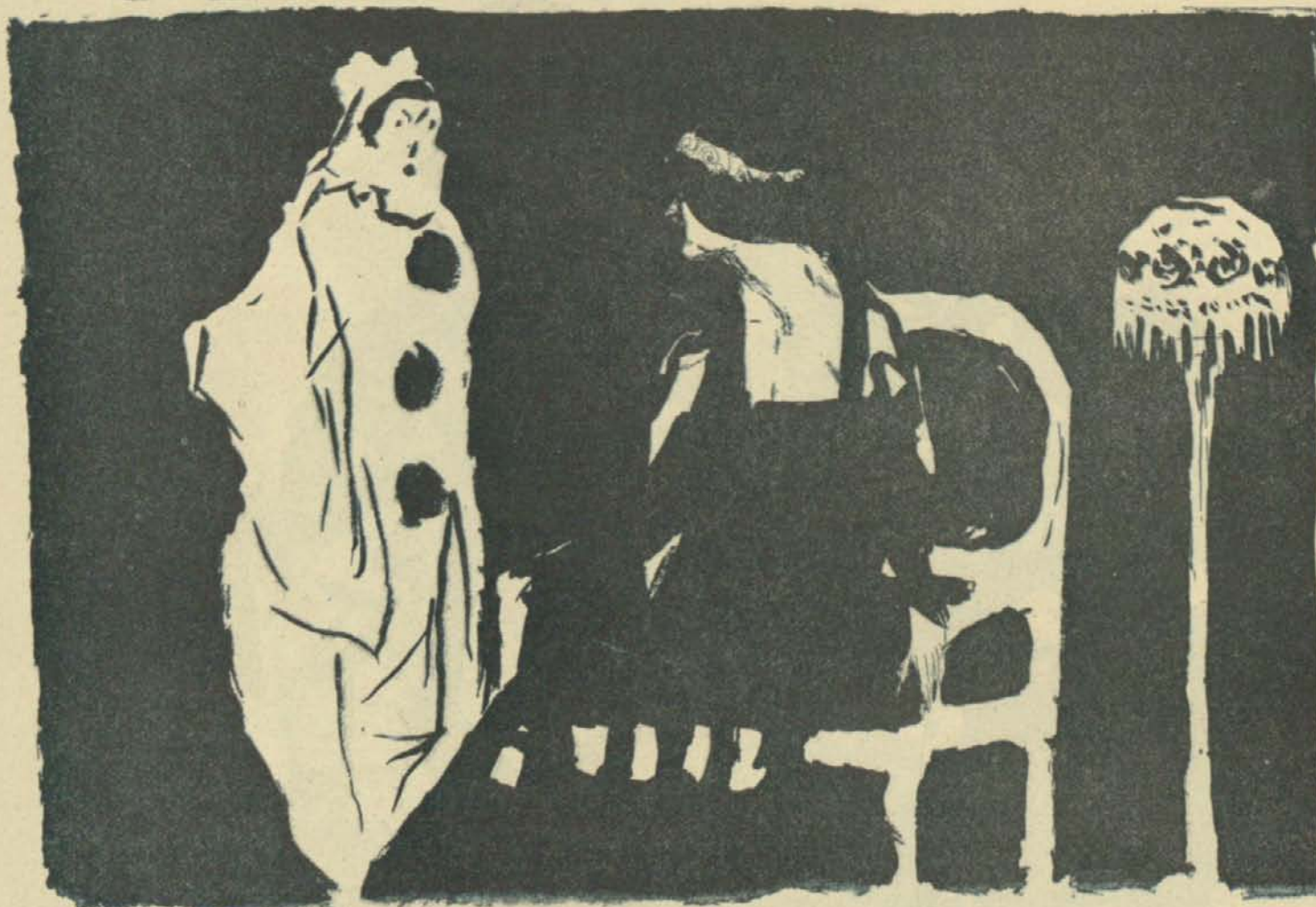
—Bueno. ¿Cuántos van?

—Hasta ahora treinta y cinco, sin contar las mamás.

—¿Y á cuánto se toca?

—A siete cincuenta, incluído el *confetti* de cuatro días, la merienda, el traje y dos niñas por cabeza.

—Bueno; pero no vaya á ocurrir lo del año pasado, que hubo que añadir luego sesenta y cinco céntimos por barba.



— ¡Mígueme ahora el Sr. de Pierrot que no ha cenado conmigo en el baile?
 — ¡Cenar, cenar! Como no sea en la Comisaría, adonde me condujeron al entrar en el Real... confundiéndome con otro blanco y amarillo.
 — (Aparte)... Ya me extrañaba á mí verle tan jovial... Hay cosas que se van para no volver...

Ya reunido el dinero se piensa en lo que habrá de ser la carroza. Algunos tienen ideas geniales: un saco de garbanzos, una caja de puros, un plato de lentejas, un banal de tomates, una máquina de escribir.

— El caso es—dice una jovencita—que después de pasar por el Jurado nos quede la cabeza libre.

Los titís, que conocen á la jovencita y á otras jovencitas como ella del Príncipe Alfonso y de la jaula del Recreo Salamanca, afirmaban entusiasmados.

El caso es gastar poco y tener la suficiente libertad de cabeza y de manos.

Al fin se acuerda una túnica de percalina y una cabeza de cartón que se parezca lo más posible á los tomates, los puros ó las lentejas. Si acaso una de las mamás—la que más pronto se duerma—puede colocarse en lo alto de la carroza como figura simbólica.

Después se discute cuántos *confettis* puede tirar una persona con arreglo á siete pesetas cincuenta céntimos, descontado el traje y la parte de camión correspondiente.

Esto no les preocupa mucho á los titís y á las niñas góticas. La cuestión es no tener que sacar mucho los brazos.

Finalmente se piensa en los bocadillos que habrán de constituir la merienda. Todos quieren dos, porque «ese día se comerá muy de prisa en casa».

— Si quieren ustedes un bocadillo más hay que aumentar la cuota.

Refunfuñando se aumenta diez céntimos á cada uno, y en virtud de ello tendrán derecho á bocadillo y medio.

Y cuando dos meses después, roncos de gritar y sudorosos y ojerosos de no tirar *confetti* vuelven las carretas de titís y niñas góticas

del paseo de la Castellana, dan por bien empleadas las siete pesetas sesenta céntimos que les ha permitido contemplar despreciativamente á la gente que se aprieta en las aceras para verlos pasar á obscuras y silenciosos.

— ¡Qué lástima!—interrumpe una de las niñas, fea por herencia—. Con cinco céntimos más hubiéramos tenido para bengalas.

— ¿Y qué falta nos hace la luz?—la replica otra acostumbrada á la grata penumbra del teatro Benavente.

— Tiene razón Julita—añade uno de los titís.

Y allí mismo se conviene que el año próximo tampoco comprarán bengalas.

José Francés.

El socorro de los disfraces.

¡Bien haya y Dios nos bendiga por los siglos de los siglos esta bella y piadosa época de las *carnevolendas* que cada año nos visita cuando bien le parece!

Decíase que antaño los mantos en las damas eran famosa y recomendable barrera para huir de indiscretas y comprometedoras miradas y á esta ocasión el peregrino ingenio Ramírez de Arellano compuso una notable comedia que intituló *El socorro de los mantos*.

Ahora, y aun puede que entonces mismo, lo mejora la incógnita de los disfraces.

¿Qué cosa mejor púdose idear para hacer cada cual su gusto y placer que escurrirse á las miradas é inquisiciones de quien sobre el que se encubre puede ejercer autoridad?

Las imperfectas casadas, que fuera del hogar buscan lo que en él no las sobra, y solapadamente se hociquean con su martelo, en este tiempo se encuentran como la nave en

la mar; pues aun ellas mismas pueden darle razón al marido y tentarle indiscretamente la cabeza, para llevar justa cuenta de las veces que se le escurrió el yugo.

Los que del Padrenuestro no llegaron á aprender más de «así como nosotros perdonamos nuestras deudas», sólo con taparse la cara pueden codearse apretadamente con los más castizos ciudadanos de la rubia Albión y hablarles mal de sí mismos.

Los pacíficos subordinados y covachuelistas, en estos cuatro alborotados días tienen en su mano el pequeño desahogo de faltar al respeto que cotidianamente vense obligados á mantener en sus jefes, recordándoles flaquezas y tiranías.

Ya sé yo de quien el año entero pásalo pensando en la alegre y cascabelera semana que allá por Febrero ó Marzo es servida de venir cada año, y aunque mucho se enfangue en el pecado durante ella, no se le importa mucho, pues sabe que tiene detrás el jabón, que es la Cuaresma.

Por esto hay devota, muy mojigata y llena de escrúpulos á la manera que aquella piadosa *Marta* de Fray Gabriel Téllez, que por antruejo, tápase la cara con una leve máscara de seda y el grácil y bellaco cuerpo enfunda en un capuchón, y échase por esos bailes como una loca, y dase á los hombres como carne á los perros, toda deshecha.

... Después á hacer penitencia; si faltó, como hízolo de incógnito, nadie lo sabe; cuando reza como todos la ven todos la veneran.

Veán, pues, si no es muy cierto cómo el socorro de los disfraces, que vino á sustituir al de los mantos, soluciona y hace amable la vida una vez al año.

Diego San José.

La carroza de la muerte.

Dibujo de Marín.



Todo el año de máscara.



Farsa de Carnaval.



ARA las niñas burguesas que andan á caza del marido futuro, la personalidad del novio, cuando éste entra en casa por primera vez, se bifurca y trunca, y no es ya el novio, sino el amigo, el que visita á la familia.

—Tú entras aquí como amigo, á quien he conocido en una reunión; no como novio... —dijo Consuelo á Manolo el día en que le propuso subir al obscuro entresuelo de la calle del Salitre.

Hizo mucha gracia á Manolo esa personalidad bipartita, pues él creía en la unión hipotética y precisa del novio y del amigo en una misma persona, que era él, Manuel Bringas. Ahora que estaba dispuesto á reconocer que su novia, por efecto de algún fenómeno histórico, nada raro, sino muy frecuente en las señoritas de la clase media, viese en él dos personalidades distintas y autónomas; dos *vos*, el *yo* del novio y el *yo* del amigo de la casa.

No lo entendía así todavía muy bien el pobre Manolo, pero se resignó á esa excisión ó división de la personalidad. Galante siempre no pidió posteriores explicaciones de ese fenómeno psicológico.

La primera noche de su ingreso en el Alcázar del Amor fué una noche de lluvia desatada y viento inclemente. Soplaban con furia el Sur, encallejado en la angosta vía del Salitre. Un poco se avergonzaba Manolo, muchacho de gustos delicados, de aquella calle pringosa y lóbrega donde los chiquillos y las comadres sentaban sus reales durante las tardes invernales de sol y en las tibias noches de verano. Pero acudía á ella cotidianamente con esa dulce mecánica rutina que tienen los enamorados y los que viven en provincias. A veces le atacaba un aburrimiento ponzoñoso que le amargaba las horas de charla con la novia.

Ella, en tanto, allí estaba, triste y recelosa, siempre esperando que el novio la abandonase. ¡Era demasiada felicidad para ella!... Cuando no hablaba con Manolo—y era el primer hombre con quien había hablado formalmente, aguardaba al novio ideal. Le esperaba con ansia nunca saciada, le esperaba y creía en él, creía en él á la manera que un judío escéptico de nuestra época puede creer en la venida del Mesías, sonriéndose un poco y dudando de que llegue.

¡Si ella viviera aún en Fabricia, como en los años de pelo suelto y falda corta! ¡Oh, había allí tantos voluntarios del ejército matrimonial, indianos averiados por el clima de Cuba ó por los devaneos de la juventud!... ¡O bien aquellos otros señoritos que habían dejado llegar solterones á la mitad del camino de la vida y que ahora se dedicaban á disipar su murria pescando roballizos en la cabecera del muelle ó jugando al chapó en los lóbregos cafés de las callejuelas de Cimaderilla!...

Manolo se avergonzaba un poco, es verdad, de la calle sucia, pina y ruidosa; pero era tan bueno que acudía, á pesar de eso, todos

los días... ¿Cuándo ella hubiera soñado encontrar un novio tan generoso y tan amable que la visitara diariamente, sin dársele un ardite de los dicharachos de las vecinucas murmuradoras?...

Mientras ella pensaba todo esto, Manolo descendía la abrupta cuesta de la calle hasta detenerse frente al portal de su novia.

Enfrente, en la torre de San Lorenzo, el reloj sonó las ocho. Un corro de chiquillas cantaba en medio de la calle una tonada ingenua:

Me casó mi madre,
me casó mi madre,
chiquita y bonita,
¡ay, ay, ay!
chiquita y bonita,
¡ay, ay, ay!...

Detúvose el enamorado ante el portal de la casa y vaciló un momento. ¡Subir!... ¿Había pensado bien lo que esto significaba en unas relaciones amorosas con burguesitas madrileñas? ¿Había reparado en que eso nada menos que era la abdicación de la personalidad, la castración del libre albedrío, la hipoteca perpetua de su voluntad caprichosa y gironaga...

No, no subiría, por temor á mostrarse cohibido y torpe como un colegial. Se veía en medio del comedor, siendo el blanco de todas las miradas: la mamá arrullándole con palabras lisonjeras para tenerle bien conquistado; Consuelo, dándole pisotoncitos maliciosos... y algo más que pisotoncitos por bajo de la mesa camilla: los niños pequeños, tres arrapiezos de cuatro, seis y siete años, revoltosos y voicengleros, saltándose á las rodillas y mesándole los cabellos por diversión ó rebajando confites de sus bolsillos; el papá, sereno y grave, con adusta faz de juez. Decididamente, le aterraba la impresión de interior burgués que había de recibir en casa de su novia, de familia de clase media mal acomodada, que regatea en el cocido y en los muebles y en los sombreros de las niñas, de oficinista mal retribuido que pasa mil penalidades para sacar á flote á su gente, de esa historia anecdótica y diaria y triste y amarga y sórdida de la burguesía española que sueña siempre en su redención y nada hace por lograrla, que aspira á la aristocracia en su porte y se queda confundida entre la plabe por sus medios económicos.

II

Pocos días después era Domingo de Carnaval, y Manolo Bringas tuvo la endiablada idea de entrar en casa de su novia disfrazado de *pierrót*. Un simón tambaleante, de muelles flojos, desteñido y viejo, le condujo hasta la embocadura de la calle del Salitre.

Una vez allí, el cochero hizo alto, negándose á seguir. En vano Manolo le esperaba con la promesa de una pródiga propina.

—Señorito, nos lo prohíben las ordenanzas bajar por estas calles. ¿No vé que cuesta hay?...

Si Manolo hubiera estado en sus cabales hubiera admirado la entereza de este cochero, que por nada del mundo quería contravenir los mandatos del Municipio, y hubiera tenido una loa para su fiel cumplimiento de deber cívico. Pero unas copas de champagne

bebidas con estrépito en «Los Burgaleses», en compañía de su amigo Ramón Sariego y de dos muchachas alegres—la Gloria y la Trini, de un honorable conventillo de la calle de San Marcos—le hicieron vacilar las ideas y desplomarse su bagaje mental...

Sólo en un día en que no tenía las clavijas del juicio muy seguras se hubiera pasado á entrar atropelladamente, con tan ruidoso abandono, por aquella calle donde el comadreo de vecindad espiaba cada paso insólito.

Sonaba el coche con rodar jacarero por la calle pina, que tenía por fondo un horizonte de las afueras pardas y estériles del Madrid viejo. Manolo hizo que el coche avanzase dos pasos más, y en el portal inmediato al de la casa de su novia saltó á la acera, y ocultándose de las miradas de los chiquillos que vociferaban: ¡A ese, á ese!... entró en el Santuario del amor.

En la puerta se detuvo, un poco trémulo, recobrando por un instante la serenidad y la reflexión perdidas con el champagne. Por fin, resueltamente, tiró de la campanilla. Salió corriendo Consuelo, en traje de casa, un poco desaliñada, pero con el simpático desaliño de una chica limpia, fresca y joven.

Abrió, y al encontrarse ante un enmascarado retrocedió asustada, gritando:

—Estoy sola, estoy sola... Han salido mis papás... No se puede pasar.

—Mejor, mejor, decía Manolo, sin saber lo que decía.

Avanzó el brazo, la oprimió la cintura; ella daba grititos histéricos...

—Por Dios, estése quieto... Pero ¿quién eres?...

—No me conoces, no me conoces—gritó Manolo con voz chillona...

Ella estrechó de nuevo el talle, luego le puso la mano en el hombro...

—Tontina, Consuelín, ¿no me conoces?...

Ella cogió la barbilla rosada y blanda y bruscamente le dió un fuerte y sonoro beso en la boca...

—Rica, bonita...

Ella le agarraba del antifaz; quería arrancárselo por la fuerza...

—No, no se permite; eso es pecado, averiguar quién soy... dijo Manolo con aire de enfado.

Luego volvió de nuevo á besarla y con más vehemencia, dejándola sentir en los labios el cosquilleo delicioso de un bigotillo incipiente.

Ella entonces, como saliendo de un letargo, dijo con tono de satisfacción:

—¡Ay, qué tonto; pero si es Colás!... En el modo de besar te he conocido... Pues ya podías haberlo dicho antes...

En la calle un organillo lanzaba las primeras notas del vals de *El conde de Luxemburgo*, claras, escandadas y metálicas...

En el piso segundo se abrió una puerta. Unos pasos resonaron en las escaleras, unos pasos menuditos, como de dos muchachas jóvenes.

—¡Anda, Colasillo, vete! ¡Vete por Dios, que ahí bajan esas cotillas del segundo, que lo fisgan todo!... Y además, de un momento á otro va á venir el tontaina de mi novio...

Andrés González-Blanco.



—Mira que si tu mujer te ve...
—Me ha dado palabra de ir á otro baile.

Nuestro amigo Pierrot.



NUESTRO amigo Pierrot ha aparecido en el claro de luna, todo blanco, sobre la nieve blanca, en la ciudad silente, cuyos viejos campanarios se fantasmagorizan bajo el mago plenilunio. Pierrot busca un poeta á quien contarle su emoción, y no lo encuentra. Como *Fausto* y *Don Juan*, que eran hueros polichinelas de tabladillo de feria, el pobre Pierrot vaga desconsolado como un vago reflejo de la luna. Pero *Don Juan* y *Fausto* tuvieron sus poetas y con ellos la inmortalidad del símbolo: Goethe y Zorrilla.

Pierrot baja todos los años de su palacio lunar. Va en busca de Colombina, que le hará el dúo durante las primeras horas para escaparse luego á dormir con un señor gordo que la ofrece un collar de perlas y un manguito de pieles suntuosas. O tal vez con Arlequín, bellaco, mercader y rufián como un organillero. Pierrot, poeta, sincero, enamorado, llora lágrimas de oro del corazón sobre la seda blanca de su traje, y las huellas del llanto en su faz enharinada hace reír á Polichinela, á Casandra y á Leandro, el tonto.

En nuestro Carnaval apenas si circula Pierrot, ni las otras figuras de la farsa. Fiesta de horteras, de modistas, de empleados, tiene un aspecto *petit bourgeois* de muy mal gusto. Es, á lo sumo, un detalle de psicología femenina. Ved cómo enseñan las piernas nuestras hijas, nuestras esposas, nuestras amantes. Y cómo les gusta que les toquen los bárbaros de las apreturas, mientras ellas exhalan gritos livianos de ninfa estremecida, bajo las barbas del chivo. Las hembras al taparse la cara se desnudan el alma y el cuerpo. Y son ponzoñosas y voluptuosas y péfidas. Triunfa la risa banal de Colombina, y eso es lo que

le pone tan triste á Pierrot, poeta y sentimental.

En Carnaval fracasa el concepto de la *dama ideal*; ellas se encargan de manifestarse bestezuelas de amor. Nuestra Señora la Locura agita su coraza de cascabeles y deliran todas las cabecitas de mujer, en la greguería abigarrada de las calles, á los acordes calientes de una charanga en el misterio de un antepalco. El caballero Don Carnal cuenta con la antipatía de los esposos y de los tutores. El les ha puesto los cuernos, é indudablemente ha violado á sus pupilas. Después la ceniza en la frente, el cilicio, la oración; gentiles abluciones eclesiásticas con que se lavan el espíritu las señoras. Pero lo cierto es que Don Carnal convierte á muchos varones honorables en maridos de lidia, que es una cosa bien triste y bien grotesca. Y entonces es cuando Arlequín se ríe, apretándose los ijares para no reventar de regocijo.

¿Qué perfume, qué alucinación ejerce el Carnaval sobre las mujeres? Es el símbolo eterno de Colombina. Arlequín va del brazo con ellas, y Polichinela, viejo, da su dinero, mientras la blanca diablesca le hace mamelas en los carrillos y le acaricia las corcovas para atraer á la buena fortuna. Pierrot, solo, en los jardines, le hace sonetos á la luna. Esta es la eterna farsa miserable, á la que asistimos de continuo.

Todos los días vemos pasar el cortejo sonambulesco. La esposa que ornamenta á su cónyuge y se ve con su cortejo en los reservados de la Universidad y más tarde engaña á su amante con otro, y á éste con otro, etcétera..., aunque no vaya enharinada y vestida de blanco, con una rosa de seda azul en el grácil sombrerillo, ya sabemos quién es. El orondo señor, viejo y rijoso, que persigue á las obrerillas y está abonado á los teatros galantes, si os fijáis bien veréisle las jorobas al par que las sortijas. El niño de las ojeras, pongamos por organillero, que cobra sus favores con cocotas y con literatos invertidos;

el Sr. Trapaza, agente de negocios; el conde de X, arruinado que persigue una heredera con buen dote, aunque se haya refocilado con un escuadrón, etc., le veremos con su traje de cuadros rojos y azules, con su chapeo y con su antifaz para ocultar las intenciones de leguleyo, y la capa parda para esconder las uñas de curial.

Como compensación: Pierrot, el blanco, cornudo, poeta lunario, es la vida, la figura más noble de la farsa.

Emilio Carrère.



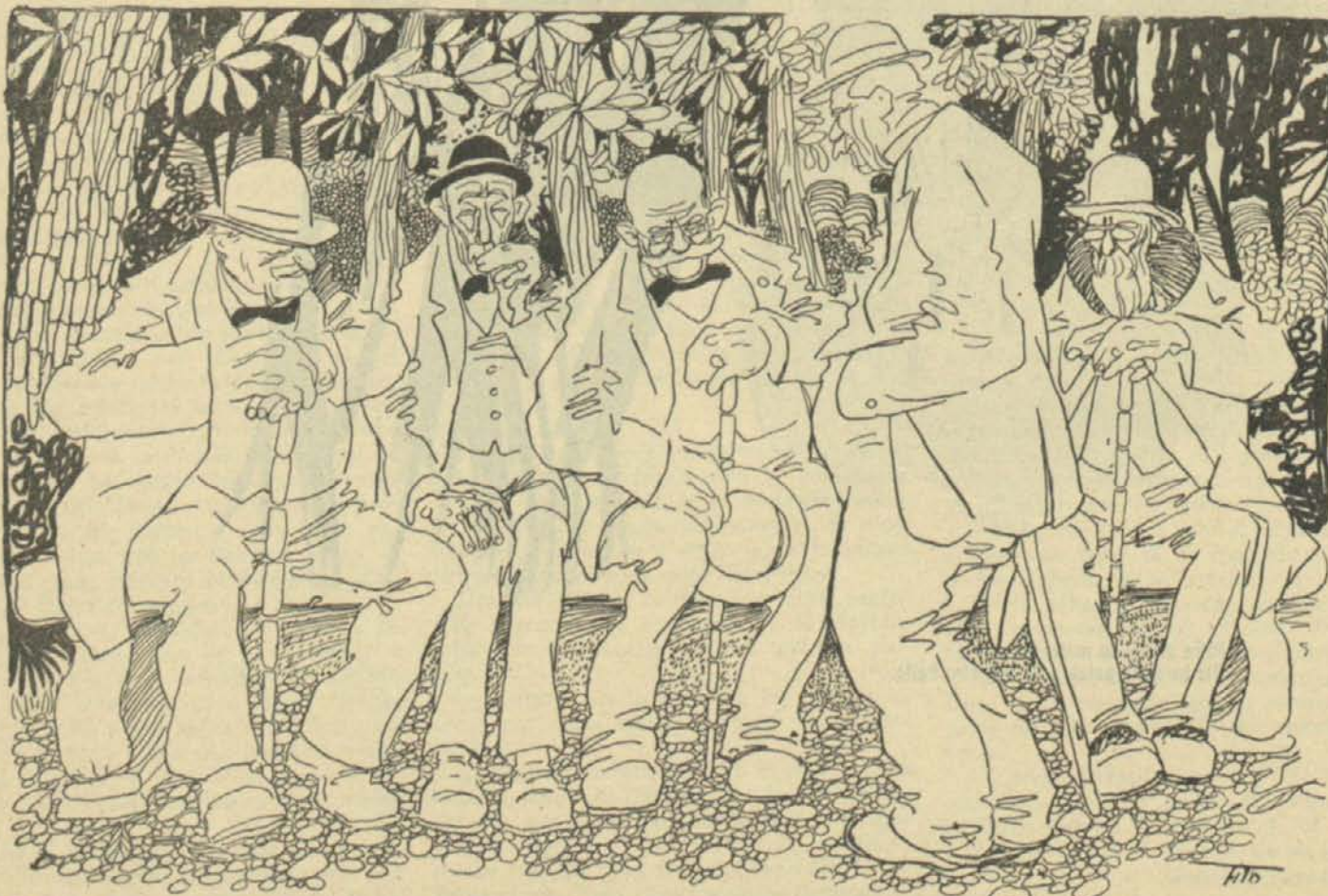
Renglones de una excéntrica.

¡Domingo de Carnaval!

¡Con qué ilusión aguardo yo siempre este día del año!...

Esta tarde Claudina sacudirá al aire sus negras melenas de paje, y frente al espejo se enfundará en el loco atavío de arlequín—Claudina lleva los pantalones con bastante más propiedad que algunos distinguidos compañeros—para que el multicolor y ajustado indumento del amante de Colombina la preserve de los riesgos que toda virgen loca de remate corre en un Carnaval.

Y luego, sobre la alegre *toilette* arlequinesca Claudina se colocará la vestimenta de Caperucita Roja, aquella otra frívola é irre-



El que está de pie. — ¡Aquellos tiempos! Recuerdo un Carnaval en que mi mujer se disfrazó de Eva y la conocieron todos los amigos.

Dibujo de Tito.



Don Juan (arrancándole el antifaz.) — ¡Válgame Cristo! ¡Mi madre!

flexiva muchacha que fué en su tiempo devorada por un perverso y disimulado lobo, para que, como en la vida, los hechos se repiten con una frecuencia lamentable, si acaso la coge por su cuenta un lobo marrullero y sesentón embutido en un gabán de pieles brindándole una botella de champagne, que puede ser su ruina, el traje de Arlequín sea la coraza de seda que haga resbalar cuanto pueda comprometer seriamente su encanto más estimable.

Claro que si en vez de uno viejo y reprochable me raptase un bonito y fogoso lobo cor diez y ocho abriles y unos ojos azules prometedores de dichas inefables, siempre me queda el recurso de pedir unas tijeras.

Pero, desgraciadamente, no creo que sobrevenga este feliz instante. Aunque no tengo más parientes que una vieja tía reumática, ésta me encomendará á la feroz vigilancia de mis Ketty, y sólo me será permitido cuanto razonablemente cabe consentirse á una muchacha aristocrática en un auto particular.

A mí me hubiera gustado salir á la Castellana sin más envoltura que mi virtud; pero el temor de presentarme como Eva antes del escándalo que precedió á la hoja de parra, me ha hecho variar de idea.

¿Qué hubiera hecho entonces conmigo aquel virginal marqués, por cuya influencia se colocó un púdico emplastro á la parte media de la ninfa desnuda que alegraba la lápida de Espronceda? Lo menos que hubiera pedido

para mí habría sido un candado ó veinte años de prisión correccional.

Lo cual, francamente, me hubiera molestado no poco, sobre todo lo primero. Y las gentes más monstruosamente virtuosas no serán de diferente opinión; porque si dicen lo contrario, es probable que no lo piensen. (Esto de pensar una cosa y decir otra sucede solamente á las gentes virtuosas.)

Porque ahora la moda es ser virtuoso, y hay que darse aires de San Jerónimo, como antes de D. Juan; hay que estar pálido y extenuado; peinarse los cabellos á lo apóstol y andar con las manos plegadas y la vista fija humildemente en el suelo. Todo flojo. Precisa tener una Biblia abierta sobre la chimenea, boj bendito á la cabecera de la cama, y abstenerse de jurar. Se habla de la santidad del arte, de la inmoralidad ambiente, y se evocan con melancolía los pintores de la escuela angélica y el concilio de Trento.

Pero volvamos á las Carnestolendas y dejémonos de disquisiciones. Este año, Momo va á celebrar su fiesta con inusitado esplendor, y nuestras más salientes figuras van á coadyuvar con todas sus fuerzas á ello, exceptuando á Emerita Esparza, que piensa marcharse estos días, según he oído, con una amiga suya á Viana del Bollo.

Isabelita Belenguer figurará en una artística carroza, que reproduce *El pasmo de Si-*

cilia; Julita Fons, en otra titulada *El Rey y la comedianta*, y el marqués de Premio Real en otra que representa una estación del ferrocarril. Si acaso perdiese el tren sería cosa de felicitarle.

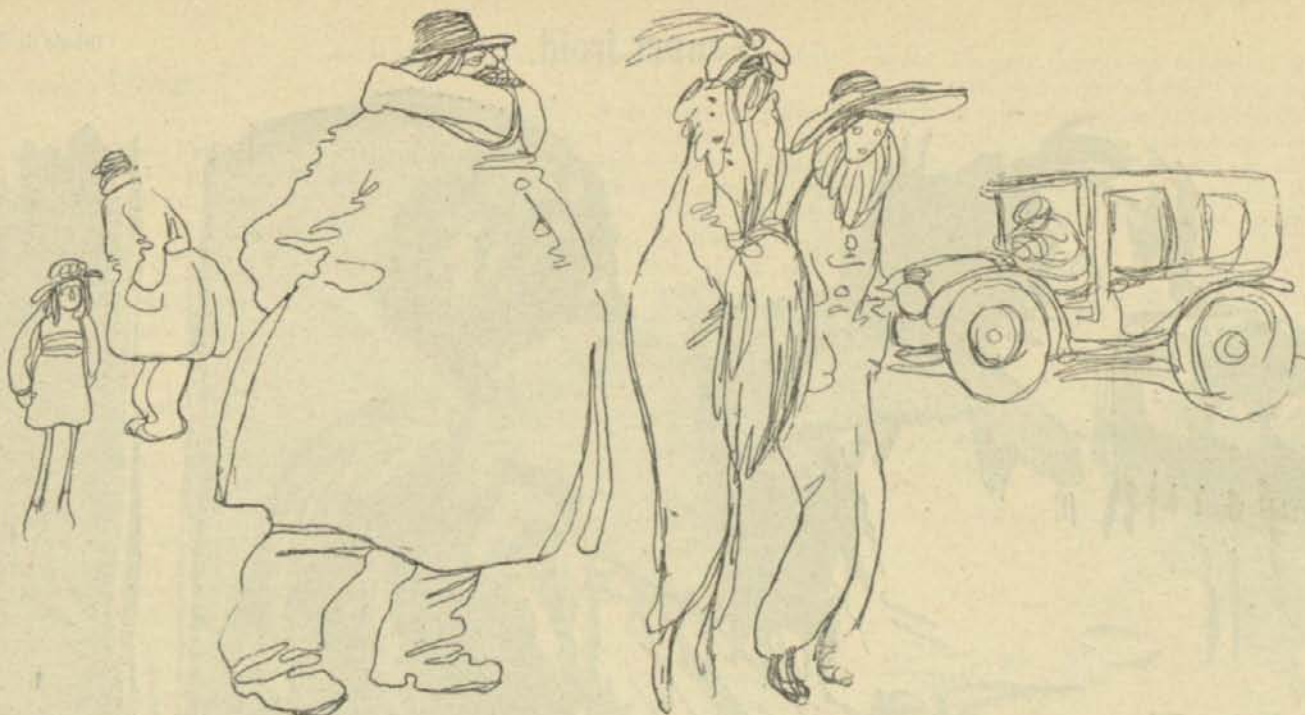
Nuestra linda actriz Mercedes Pérez de Vargas no estará nada mal disfrazada de sardina; pero resultaría más encantadora acompañada de un simpático empresario vestido de lenguado. Una pareja completamente submarina.

A Navarro Reverter le veremos vestido de académico de la Lengua; á Lerroux, de bayadera; á Manón, de inocente avechilla; á Chelito, de virgen de vidriera; á Arregui, de hombre con sentido común, y á Fornarina, cargada de cadenas.

Sé también muchas cosas más; pero no las revelo al lector, porque mi indiscreción podría ser enojosa á los interesados. Además se me han acabado las ganas de escribir desde que mi doncella me ha traído una declaración amorosa de un D. Juan que se compromete á todo lo que sea deleitarme sin causar averías.

¡Oh, qué alegría, qué alegría! ¡Carnaval, y con un novio que se pone á nuestra disposición! ¡Qué hermosa es la vida! ¡Animo, y á la fiesta!... Confetti... confetti... confetti...

Claudina Regnier.



El gordo. — ¿Y vosotras cuándo os cansáis más? ¿Antes ó después del descanso?
Las flacas. — Después, hombre. Eso no se pregunta.

(Dibujo de Tito.)

De mi linterna mágica. Piruetas funambulescas.

Carnaval. La madre Celestina sacude polen de azucena. Dios se ha hecho polichinela, ha convertido el mundo en cascabel, en guiñol, y le hace girar vertiginosamente como á tostadero de café.

La humanidad se zarandea, salta, bulla, se apoltona y baila. Dan saltos por los árboles, se echan la zancadilla, corren saltando de puntillas sobre las esferas mondas de los calvos.

Colombina y Arlequín hacen el molinete en la punta de un pararrayos, se tiran luego en triple salto mortal y caen blandamente sobre un pie, como las bailarinas, y saludando...

Por los paseos va el tropel. Las majas de Llovera se han agarrado al brazo de un estudiante de la Tuna; Hamlet lleva del brazo á Madama de Maintenon; con la Dama de la Media Almendra va Frégoli, Cleopatra con un Borgia, Caperucita con John Bull, y los tres hermanos libertadores de la Princesa Encantada han pegado anuncios de bombones en las espaldas del dragón, y van sosteniendo en equilibrio, sobre la punta de la nariz, tan campantes, el uno el espadón, el otro la rueda de la dueña y el otro un cucurucho enorme rebosando patatas fritas.

Quién más quién menos ha buscado pareja. Indolente y pulido, Mefistófeles, con su capita más airosa y su más esbelto espadín, se inclina cortesano y ciñe el talle á la infanta Micomicona; Falstaff va orondo con una modistilla á la diestra y una patrona de huéspedes, frescota, al otro lado; el tío Sam, en cucullas, sobre la grupa de su cerdo, hace «ajito» á Colombina, muy mimosa, porque quiere un collar; «el que inventó la pólvora» va ensayando con un palo muy largo el modo de no escurrirse por las cucañas, y «el que asó la manteca», director de una Sociedad de seguros, hace cálculos complicados para saber los años de la Sarah Bernardt.

Todo es bulla y jarana.

Hay quien tira una granizada de garbanzos de pega; el padre Cobos toca un cencerro enorme; Polichinela, en extremo reverencioso, desparrama cheques, y los vencedores turcos de Marsella hacen juegos malabares con las babuchas.

Cada cual va por donde puede y se acomoda

donde le viene en gana. Pulgarcito contempla todo repantigado en la chistera de un ministro, ó se monta á horcajadas en las narices de Cyrano. Hay quien va sobre un saltamontes colosal; hay quien se ha metido en una pompa de jabón, y quien—como el hombre serpiente—empingorotado en las orejas de una jirafa se egamina un ojo de gallo.

Pasa un gato electrizado soltando chispas. El secretario particular de un ministro, creyendo que es la inteligencia, le persigue veloz con las botas de siete leguas, agitando en el aire los faldones de la levita.

Los Han-lon-lee resbalan por los alambres del tranvía; un groom vuela porque ha olido propina, y al oído de Juan Lanas, su tocayo Juan de las Viñas, dicele cochufetas:—He visto á tu mujer, Juan, pobre Juan... No te inquietes, está muy distraída; lleva un cardenal francés á su lado que la estrecha la mano acariciándola, suave, muy suavemente, y la confiesa... Ella, en sus glorias; el cardenal es inteligentísimo, tiene un divino bigote á la borgoñona, y los más ricos encajes Valenciennes en las bocamangas...

Puck se ha montado en la máquina de un afilador; pedalea vertiginoso, va, vuelve, gira y cambia, sin ton ni son, afanado, febril y sin rumbo, como si fuera buscando el sentido común de las mujeres.

Todo lo revuelve, y por doquier se escabulle, hasta que Barba Azul, cansado de aquel zascandilear atolondrado se lo traga, con máquina y todo; hay que traer á un cirujano que abre la tripa á Barba Azul con la gran espada de Bernardo, extrae á Puck, que vuelve á su correr atolondrado, y cose la abertura del ogro con balduque. ¡Al avío!

Si alguno se emborracha se le aplica una ducha de agua de Seltz; si alguno no baila se le sacude un puñado de pulgas. Todo se soluciona allí. Todo es viveza, grito, petardo, brinco: zis-zás, una cabriola; zis-zás, un moquete; zis-zás, todos rodando.

Y cuando el pelotón de gentes es mayor, fehs... ¡paf!, doscientos buscapíes soltando chispas y atizando tiros se enredan entre las pantorrillas de las máscaras, que brincan, huyen y arman una zaragata de ratas perseguidas.

Los hombres se encaraman en los faroles y las mujeres chillan. Alguna se desmaya, como la marquesa del Pan pringado, que cae en brazos de Pantalón, y alguna que otra vie-

ja se alza las faldas azorada para que la pellizquen las pantorrillas.

Queda así, en dos minutos, limpio de gentes el paseo, é irrumpe entonces un turbión de duendecillos, enanuelos, gnomos, chisgaravís y lagartijas; gente minúscula y jovial, enredadora y maliciosa que por todas partes aztra, se entromete y zascandilea: el inventor de las cosquillas, el duende del baile de San Vito, el diablillo de la muerte chiquita, el demonio de los timbres eléctricos, el demonio de los polvos de pica-pica, el demonio de los guiños, el duendecillo del estornudo, las burletas y el resbalón...

Todos vienen huyendo en tropel porque les persigue un alquimista, un viejo que va cargado con un trípode, un hornillo una redoma, un fuelle y cien mil frascos. Van los enanuelos á todo correr, volviendo la cabeza para ver si los alcanza, y cuando ya se acerca, clavan en la tierra un embudo, gatean, se tiran dentro de él de cabeza y desaparecen por el agujero, todos en pelotón, sorbidos.

¿Quién es el viejo? ¿Qué les pasa?

El viejo instala en medio del paseo su tinglado: enciende el horno, consulta un gran librote y echa en la redoma chorritos de un frasco misterioso, todo con pausa y solemnidad... El público está en expectativa... Por el cuello curvo de la redoma una nubecilla encendida se va; luego un hilillo tenue de humo azulino sube recto y ondula en suaves espiroides; se extiende y va esparciéndose después en anchos círculos, y estos círculos se ensanchan, lentamente, y en el horizonte, condensado el humo y hecho luz, se convierten en nubes, nubes oro, violeta, verde esmeralda transparente...

¡Señores, contemplad: ha llegado el crepúsculo!...

Manuel Abril.



Gabriel D'Annunzio en España.



oy domingo hace ocho días estuvo un redactor de EL GRAN BUFÓN en el Museo del Prado. Iba acompañado del notable médico español y cultísimo políglota Luis del Cacho.

Delante de nosotros, por la rotonda del Museo, caminaba un caballero rubio, impecablemente vestido y de una distinción suprema.

El caballero dió repentinamente un quiebro, agilísimo é innecesario, como para sortear un obstáculo imaginario, y quedó parado en firme ante esa maravilla de sentimiento y poesía que se llama «La Dolorosa», del Tiziano.

Nos extrañó el gesto repentino y un poco infantil de aquel hombre, y lo contemplamos un momento con curiosidad.

Era rubio y elegante como un príncipe. Proporcionarlo, esbelto y débil. Se había parado con un pie delante del otro, la mano derecha en la cadera, la cabeza inclinada hacia atrás, contemplando con los ojos adormecidos el alma del Tiziano detrás del rostro adorable de la madre de Jesús, María. La postura era de una gran elegancia decadente. Tenía en el rostro una sonrisa inmóvil, un poco estúpida.

La barbita rubia, levisimamente ensortijada, rodeaba al mentón de un halo muy claro, como de polvillo de oro.

La chistera, de cuarenta reflejos, inclinada un poco sobre la oreja izquierda y la nuca, daba á la figura un ligero y espiritual aspecto fumbulesco. Sin que aquel hombre tan débil y elegante tuviera, ni mucho menos, una figura amariconada, parecía una gran actriz—Sarah, por ejemplo—disfrazada de joven príncipe de leyenda.

Observamos ahincadamente, hasta llegar á tener la convicción profunda de que conocíamos á aquel sugestivo figurín humano.

Nos hallábamos ante el príncipe italiano Gabriel D'Annunzio.

Iba solo con su pensamiento.

Después de hacer sus oraciones, quizá, ante el supremo lienzo de Tiziano, D'Annunzio continuó su visita.

Se detuvo ante ese alarde del arte—en bóveda—: «Moisés salvado de las aguas».

Sonreía. Las maravillas de la luz, del Arte, sobre el lienzo, hacían gozar inefablemente á D'Annunzio. Su sonrisa inmóvil, un poco estúpida, tenía una fuerza de atracción casi femenina. Sonreía, sin notarlo, el príncipe decadente.

Observó, estalló. Tropezó unas cuantas veces con el ala de la chistera en el cristal del cuadro, como un pájaro tropieza con el pico.

Se retiró al fin. Quedó inmóvil, abstraído, haciendo como si contemplase las irisaciones de una perla monstruosa que le adornaba una mano.

Dió una vuelta sobre los talones. Partió. Y nosotros, detrás.

En la escalinata del Museo encendió un cigarrillo y lanzó al aire bocanadas de humo azulado con unas vetas plateadas, tan brillantes, que nos hizo pensar que el príncipe fumaba tabaco rubio mezclado con esa plata más rara que el tulipán dorado, y que, en Noruega, su patria, se conoce con el nombre de *stabell-hams*.

A todo esto, D'Annunzio se había dado cuenta de que lo seguíamos. Nos miró de frente un momento y se dió cuenta también de que lo conocíamos y lo admirábamos.

Yo—perdón—, que soy especialista en atraeos, me quité el sombrero por primera providencia, di dos pasos al frente, me cuadré ante D'Annunzio, y en un italiano digno de un igorrote en estado de «filoxera», le dije con un cinismo que á mí mismo me estaba espantando:

—«Signore: nostro onore al salutare al immenso poeta Gabriel D'Annunzio».

¡Espantoso! D'Annunzio me miraba como á un monstruo.

Sonrió al fin. Y tendiéndome la mano con se-

ñoril afectuosidad, me dijo en correctísimo español:

—Gracias, gracias. Siento especialísima simpatía por esta ingenuidad española. Pero le ruego que guarde el secreto de mi visita. No quiero que me molesten. Viajo de incógnito.

D'Annunzio se dirigió al médico, mi compañero, y los dos se saludaron como dos diplomáticos ingleses.

Después de mi primer alarde de frescura, sentí una fuerte timidez, y callé observando al hombre genial que nos hablaba.

El médico y el poeta hablaban de París con entusiasmo.

D'Annunzio de vez en cuando me miraba y sonreía ante mi cortedad verdaderamente inesperada.

D'Annunzio tiene gestos que recuerdan mucho á Benavente. Se quitó un momento la chistera para refrescar la frente, y vi que la línea de su cráneo, esférica y pura, recuerda también inmensamente la bóveda craneana del gran dramaturgo español.

D'Annunzio tiene en los ojos algo, un resplandor extraño que no acaba de hacerlo simpático; se ve demasiado, se teme quizá, en cualquier momento, la farsa. Sin embargo, es un hombre de trato encantador, de conversación extraordinaria, cuyo acento, levemente arrasado, adormecido, acaba por sugestionar al que escucha.

Es falsa esa leyenda del orgullo inaccesible, de la antipatía insoponible del ilustre escritor italiano.

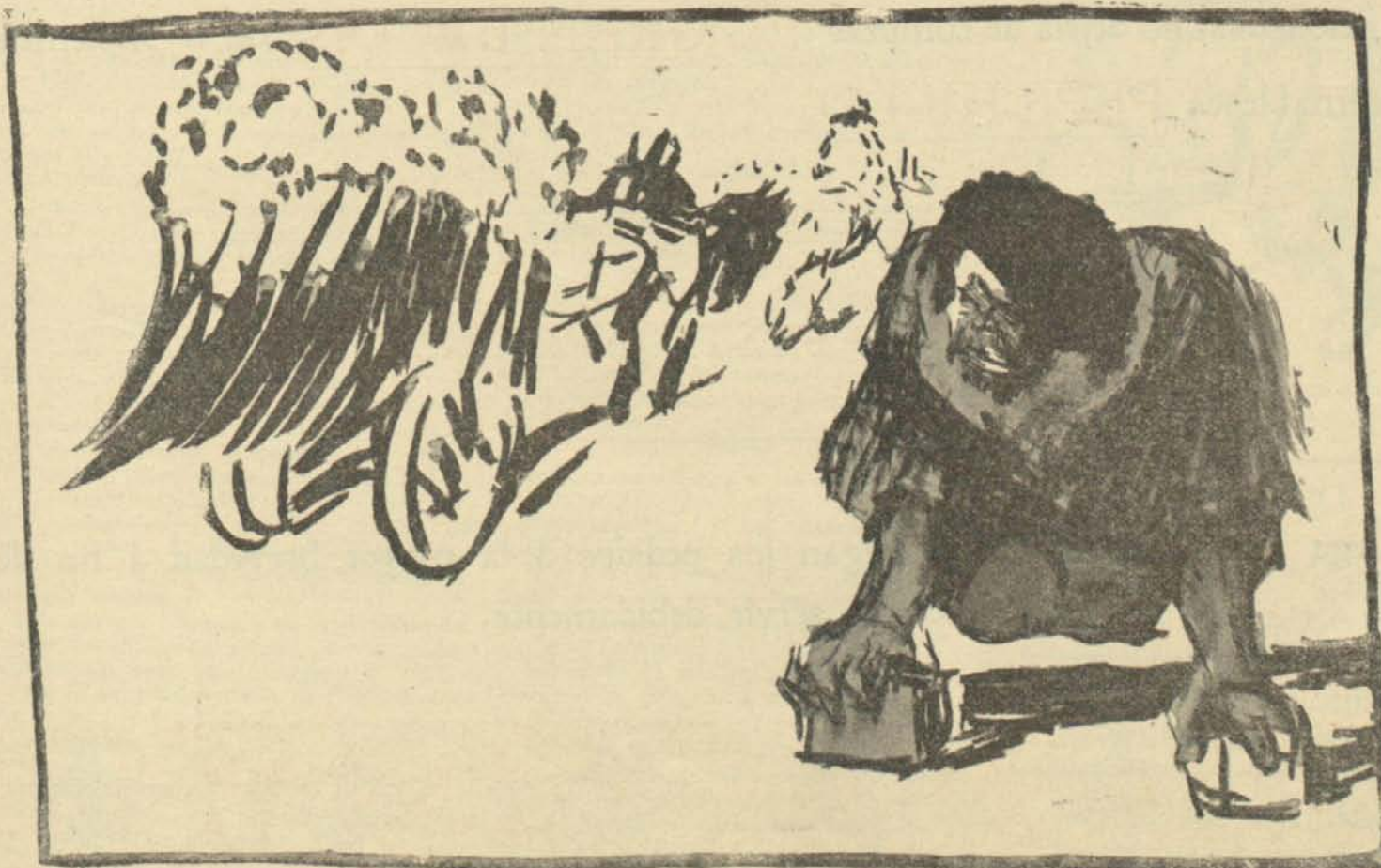
D'Annunzio es un hombre afectuoso, como lo es Valle Inclán, por ejemplo. Ahora que, lo mismo que el gran escritor español, debe ser terrible con los importunos.

—Perdón—le dijimos—. Nos retiraremos si le estamos molestando...

—Oh, no. Encantado. Lo que les exija á ustedes es que no me descubran. He abandonado, por unos días, todo lo que huele á popularidad. Quiero vivir para mí sin necesidad de ir como

Las dos carrozas.

Dibujo de Marín.



El Cuasimodo. - Yo estoy fuera de concurso desde que nací.

PEPE - HILLO

Semanario Taurino, que como suplemento de EL GRAN BVFON, aparecerá desde el próximo Sábado en todos los números perfectamente coleccionable aparte de EL GRAN BVFON.

PEPE-HILLO se compondrá de cuatro páginas en color.

PEPE-HILLO llevará apuntes y dibujos del primer dibujante de toros Ricardo Marín.

PEPE-HILLO publicará en su primer número, que aparecerá el sábado próximo, 14 dibujos de "Bombita" y "Gallito" pareando un toro de "Miura", además de otros originales literarios y artísticos.

El precio de EL GRAN BVFON, en adelante, á pesar del aumento de las cuatro páginas será de 20 céntimos.

Aficionados, no dejéis de comprar EL GRAN BVFON con el suplemento encuadernable de PEPE-HILLO.

¡VIVA LA FIESTA NACIONAL!

Se ruega á los corresponsales hagan los pedidos á la mayor brevedad á fin de poderles servir debidamente.



otras veces, á esconderme en las oquedades de los Abruzzos.

—¿Pasará usted aquí los carnavales?

—No. Me marchó el martes. Ayer, hoy y mañana los paso en el Museo del Prado.

Habló un rato más, en un español dulce, un poco americano, y calló después, contemplando obstinadamente las irisaciones maravillosas de la perla que adornaba su mano.

Nos despedimos.

Por uno de esos impulsos secretos que nos obligan á veces á hacer una graciosa concesión sin que nadie explícitamente nos la pida, el gran poeta nos preguntó:

—¿Me dan ustedes su palabra de honor de no dar á nadie cuenta de mi visita, hasta que me marche?

—Palabra de honor. Sí, señor.

—Y ahora, ¿tienen ustedes la bondad de visitarme esta tarde, á las siete en punto, en el Hotel Ritz? Pregúntenle ustedes por mí, porque he tenido la osadía de inscribirme con mi propio nombre como un rasgo de gallardía contra los reporteros.

Nos alargó su mano, ardiendo, como la de un enfermo de calenturas.

Y partió.

Por la tarde, Gabriel D'Annunzio, nos contó cosas muy curiosas.

Nos dijo que en Florencia tiene un galgo siberiano de tan extraordinario mérito como saltador, que salva el obstáculo de dos caballos juntos, por el lomo, sin tomar de ventaja ni un palmo de carrera. Es decir, trazando despacio, en el aire, una línea como un arco de iglesia.

Nos dijo que en Roma, en el Transtibere, hay una casa de misterios sensuales, donde se encuentran bellezas purísimas de Alepo, de Caucasia, de la India, de Arabia, de Grecia, y negras esculturales, únicas, de piel mate satinada, de la costa de Marfil y de Liberia.

En esa casa, visitada por Príncipes y Cardenales, cuesta cien liras la entrada, solamente la entrada. Descubrir las bellezas ocultas de cualquiera de las sacerdotisas de raza, cuesta á cualquier Príncipe ó Cardenal, novecientas liras.

Es más bello el Vicio en Roma, que en París. Tiene una perversión más suntuosa, más sacerdotal: quizá el prestigio de la Ciudad Eterna, las ruinas, las cercanías solemnes del Vaticano, las aguas gloriosas del Tiber...

—¿Conoce usted bien la literatura actual española?—le pregunté brutalmente.

—Bien, no. Pero, á ver; pregunte usted—me contestó.

—¿A Benavente?

—¡Oh! Benavente el Grande, el de *La Noche del sábado*... Conozco también á Vega Inclane; su *Romance de lobos*... Al viejo Noel—*de Navidad*; *el árbol*—; unas crónicas, como un tumulto de colores, de tierra de moros; á Enrico Carrere, poeta alto, alto, de la luna, la miseria, las rameras... ¡Oh!, cosas grandes, serias... Y otras cosas de la literatura de España.

—¿Y á Alejandro Sawa? Yo sé de memoria un párrafo de este maestro dedicado á usted.

—¡Oh!; dígamelo. Le ruego.

Le recité el párrafo del maestro, que dice así: «La enorme constelación de la vieja Roma parecía definitivamente formada: después de Dante, ¿quién? Las entrañas de la Vida debían mostrarse allí estériles, luego de su enorme fecundidad histórica.

«Más allá del Infierno, y de las visiones del hombre que en Florencia vivió, ¿qué de magníficamente ubérrimo podría surgir?

Vino D'Annunzio sonando su clarín de oro, que anuncia la inmortalidad del alma latina y su insesistente aletear moral sobre todos los pueblos.»

—¡Oh!, muy bello.

D'Annunzio inclinó la cabeza sobre el pecho; permaneció así un momento.

Alzó el rostro y recitó punto por punto lo que yo acababa de recitarle á él. ¿Un prodigio de memoria? No. Es que se lo sabía de memoria antes de que yo se lo dijera á él.

¡Oh!, el afán de asombrar á la gente en el genial auto-reclamista latino.

Prudencio Iglesias Hermida.

EX-LIBRIS



UN diario madrileño, famoso más que nada por la inteligencia y la cultura de su director, ha abierto una encuesta de los jóvenes acerca de los viejos.

Lector, alégrese la vida leyendo todas las noches esa curiosa información. La mitad de las cosas que ahí se dicen son atrocidades; la otra mitad tonterías. Y todas inofensivas, como el ungüento blanco.

Hay firmas tan prestigiosas como las de Calixto Pérez y López y la de Lope Pérez y Calixtez, al pie de artículos absurdos que hacen de reír todo un año.

¡Y pensar que la agricultura necesita brazos... y yuntas!

¡ABÍAMOS quedado en que *Sobrevivirse* era un mal drama.

Tan malo que ya ha desaparecido del cartel de noche para dejarle el puesto á *Electra*, que es tan mal drama como el anterior.

Dícenle no se sobrevive.

PARA el glorioso Galdós se pide el premio Nobel. El pobre Moret fué lo último que firmó: esa petición.

Es un símbolo. Ahí firmarán sin excepción los que se van y los que llegan: todos, maestros.

La encuesta de los jóvenes y los viejos! Serénate, director; que desvarías ó desbagarías sin remedio.

¿Qué pensarán de la inmortal encuesta la gente inteligente como el poeta redactor-jefe y otro poeta joven, afeitado, que va, á ratos, á cortar rosas de la fontana?

¿A qué amarguras obliga la noble profesión del periodismo!

EL discurso del Rey á las Juventudes conservadoras. Muy bueno.

¿Qué juventudes ni qué conservadoras! Se acabó ya todo esto.

Hay soberanos como el de España, Inglaterra, Alemania, Italia, que les dicen finalmente á ciertos jóvenes que estamos en el siglo xx. ¿Estamos?

El conde va resultando un gobernante á tono con los tiempos. Y sin presumir, que es lo más importante.

El conde es una cosa seria.

Si le dieran el premio Nobel á Galdós—que se lo darán—¿quién sería el español más sinceramente alegre?

Cristóbal de Castro. Yo le he oído decir á Cristóbal que Benito es más grande que Honorato, y tanto como Guillermito. Y sostenerlo.

LA caricatura en los diarios... ¡Oh! Es una cosa *simplicísima*.

Encargar originales á los artistas españoles. ¿Y para qué? ¿Que son los nuestros quizá más vigorosos que los de fuera de casa? Sí, sí... pero hay que pagarlos...

Es mucho más positivo proveerse de unas tijeras y... apunten ¡fuego! este quiero, este también quiero, se nutre con la caricatura extranjera el rotativo nacional.

Más *simplicísimus* no puede ser el procedimiento.

¿Que así se infiere un agravio al honor profesional de los artistas españoles? ¡Bah! ¿Y qué?... En cambio hay por ahí cada gran cruz de Alfonso XII que ya, ya...

TITTA Ruffo...

Rigoletto...

¡Lagarto! ¡Lagarto!

Claro es que los de «la paella» siguen entusiasmados. Pero la «paella» no es el respetable público, naturalmente.

Y por esta vez el Sr. Ruffo no cuajó.

—¡Titta! ¡Titta de ahí!

Y es que á los latiguillos escénicos ha contestado el respetable con un latigazo.

¡Y la Prensa, que también es respetable, qué caray!

«La fiera», como siguen llamando los de «la paella» al Sr. Ruffo, es un camelo.

«La fiera» es como también llaman á Beethoven el gigante. ¡Hombre, por Dios! Ustedes no saben con qué se come eso, la verdad...



La máscara.—¿Por qué me llevan detenido?

El guardia.—¿No sabe que los disfraces contra las instituciones están prohibidos?

EUREKA QUEEN : : :
: : : QUALITY

CALZADO

Nicolás María Rivero, 11

Biedma, Fotógrafo

Calle de Alcalá, 23.—Hay ascensor.

Agua de Carabaña.

Purgante de fama mundial.



FUENTE INAGOTABLE DE DISTRACCION

Para alegrar su residencia y á sus amistades, nada más agradable que tener á su disposición este maravilloso instrumento, que permite á todo el mundo ejecutar un Nocturno de Chopin ó un Vals de Berger, de una manera artística.

:: Salón ÆOLIAN--R. CAMPOS ::

Calle de Nicolás María Rivero, 11.--Madrid

Audiciones y demostraciones á todas horas. Catálogo ilustrado **X** se envía gratis á quien lo solicite.